

—No le lisonjeo... No lisonjeo nunca... pero á usted se le puede decir estas cosas porque pertenece á la *élite*. La desgracia de Portugal es la falta de gente. Es un país sin personal. ¿Se quiere un obispo? No hay obispo. ¿Se quiere un economista? No hay economista. Todo así. Vea sino hasta en las profesiones subalternas. ¿Se quiere un buen tejedor? No hay buen tejedor...

Un coro de instrumentos y voces, en tono sublime, pasando por la puerta del palco, entreabierta, cortó las últimas palabras referentes á la deficiencia de los fotógrafos. Escuchó el conde.

—Es el coro de los *puñales*, ¿verdad? Voy á oírlo. Me gusta mucho. En esta mímica hay *filosofía*... Es lástima que recuerde tan vivamente los tiempos de intolerancia religiosa; pero á no dudarlo hay mucha filosofía en esta ópera.

## VI

Carlos fué á visitar aquella mañana, por sorpresa, la famosa "Villa Balzac," de Ega, que desde que llegara á Lisboa había ido arreglando y disponiendo y en la que por fin se había instalado.

Ega le dió aquel nombre literario por igual motivo que la buscó en un barrio apartado, en la Peña de Francia, á fin de que el silencio campestre, los aires limpios, todo fuera allí favorable al estudio, á las horas de arte y de ideal. ¡Porque se había encerrado allí, como en un claustro literario para terminar las *Memorias de un Atomo!* Sólo que, á causa de la distancia, había alquilado un coche por meses.

Costóle á Carlos dar con "Villa Balzac." No era, como dijo Ega en Ramillete, un *chalet* retirado, fresco, sombreado, sonriente entre árboles. Se pasaba primero la Cruz de los Cuatro Caminos, después se entraba en una avenida bordeada de quintas, que bajaba por la ladera de la colina, y al cabo se advertía una casucha de sucias paredes, con dos escalones de piedra delante del portal y con transparentes nuevos de un rojo chillón.

Pero aquella mañana no hubo medio humano de penetrar en "Villa Balzac." En vano Carlos llamó

con todas sus fuerzas y lanzó al aire con voz formidable el nombre de Ega: la casa permaneció muda, como deshabitada en su retiro rústico. Y sin embargo parecióle á Carlos que antes de llamar había oído que saltaban taponés de *Champagne*.

Cuando Ega supo aquella tentativa, se mostró indignado con los criados que de tal modo abandonaban la casa y le daba un aire sospechoso de Torre de Nesle.

—Ven mañana, y si no te contestan escala las ventanas y pega fuego al edificio como si se tratara de las Tullerías.

Pero cuando al día siguiente Carlos fué á "Villa Balzac," ya se le esperaba: en la puerta estaba "el paje," un muchachuelo de facciones horriblemente viciosas, embutido en una chaqueta azul con botones de oro, con una corbata muy blanca y muy almidonada. Las dos ventanas de la fachada, abiertas de par en par, tenían aire y sol: y en lo alto de la escalera estrecha, tapizada de rojo, Ega, con una prodigiosa bata de una tela adamascada del siglo XVIII, que de fijo fué vestido de corte de alguna de sus abuelas, exclamó inclinándose hasta el suelo:

—¡Bienvenido, príncipe mío, al pobre tugurio del filósofo!

Levantó, con noble ademán, una cortina de reps verde, de un verde feo y triste, é introdujo al "príncipe," en una sala donde todo era verde también; el reps que cubría los muebles de nogal, las rayas verticales del papel de la pared, el tapete de la mesa y el reflejo de un espejo redondo, inclinado sobre el sofá.

No había un cuadro, una flor, un adorno, un libro —apenas si en una mesa de centro se veía una estatuita de Napoleón I con una mano á la espalda y hundida la otra en las profundidades del chaleco,

Al lado esperaba una botella de *Champagne*, enca-peruzada de papel dorado, entre dos altas copas.

—¿Y para qué tienes aquí á Napoleón, Juan?

—Como blanco de injurias,—contestó Ega;—ante él me adiestro á increpar á los tiranos...

Restregóse las manos, radiante. Quiso mostrar en seguida su dormitorio á Carlos: estaba tapizado de papel rameado sobre fondo rojo, y la cama llenaba casi por completo la habitación. Parecía ser el centro, el motivo de "Villa Balzac," y en él se agotara la imaginación de Ega. Era de madera, bajo como un diván, con la cabecera alta, y tenía á ambos lados alfombrillas de felpa escarlata; un ancho cortinaje de seda de India rojiza lo envolvía como un tabernáculo; y dentro, como en un lupanar, relucía un espejo.

Carlos, muy seriamente, le aconsejó que tirara el espejo. Ega dió á la cama toda una ojeada cariñosa y dijo, después de relamerse el labio:

—Tiene su chic...

Sobre la mesilla de noche había un montón de libros: la *Educación*, de Spencer, junto á Baudelaire; la *Lógica* de Stuart Mill sobre el *Caballero Casa-Roja*. En el mármol de la chimenea había otra botella de *Champagne* entre dos copas, y el tocador, un tanto desordenado, ostentaba una gran caja de polvos de arroz entre los plastrones y corbatas de Ega, y un mazo de horquillas y unas tenacillas de rizar.

—Y ¿dónde trabajas, Ega; dónde te dedicas al gran arte?

—¡Allí!—exclamó Ega alegremente, señalando la cama.

Pero, por fin, le enseñó su rinconcito de estudio, formado por un biombo, ocupado por una mesa de tres pies, donde Carlos, asombrado, descubrió, en-

tre el hermoso papel de cartas de Ega, un *Diccionario de Rimas...*

Continuó la visita de la casa.

En el comedor, casi sin muebles, pintado de amarillo un armario de pino, con cristales, guardaba melancólicamente una vajilla barata de loza nueva, y de la falleba de la ventana colgaban unas sayas coloradas de mujer.

—Sobrio y sencillo—exclamó Ega—como compete á quien se alimenta de un mendrugo de Ideal y dos tragos de Filosofía. Ahora la cocina...

Abrió una puerta. Entraba fresco del campo por las ventanas abiertas, que permitían ver los árboles del jardín y, más lejos, la blancura de las quintas iluminadas por el sol. Una muchacha muy pécora y robusta se levantó con el *Diario de Noticias* en la mano. Ega presentóla, en broma:

—La señora Josefa, soltera, de temperamento sanguíneo, artista culinaria de "Villa Balzac", y, como se puede observar por el papel que le cuelga de las zarpas, aficionada á las buenas letras.

La moza sonreía, sin embarazo, como acostumbrada á tales familiaridades bohemias.

—Hoy no como aquí, señora Josefa—continuó Ega en igual tono.—Este hermoso mancebo que me acompaña, duque de Ramillete, príncipe de Santa Olavia, invita hoy á yantar á su amigo y filósofo... Y como al retirarme yo esté tal vez la señora Josefa entregada al sueño de la inocencia, le ordeno que me tenga preparadas dos perdices para mi *lunch*.

Y de pronto, en otra voz, con una ojeada que debía ser familiar á la moza:

—Dos perdices bien asadas y doraditas. Frías, como de costumbre.

Tomó el brazo de Carlos y volvieron á la sala.

—Con franqueza, Carlos. ¿Qué te parece "Villa Balzac"?

—Muy bien.

Y elogió el aseo, la vista de la casa, la frescura de muebles y cortinajes. Para un soltero, para un estudio...

—Yo—decía Ega paseando por la sala, con las manos enterradas en los bolsillos de su prodigiosa bata—no puedo tragar el *bibelot*, el *bric-à-brac*, las sillas arqueológicas... ¡Qué diantre! Los muebles deben estar en armonía con las ideas y sentimientos del hombre que los usa. Yo no pienso ni siento como un caballero del siglo xvi; ¿para qué buscar trastos de ese siglo? Nada hay tan melancólico para mí como una arquilla del tiempo de Francisco I, escuchando diálogos sobre elecciones ó jugadas de bolsa. Me produce el efecto de un hermoso héroe con armadura de acero milanés, visera calada y arraigadas creencias, jugando al tresillo. Cada siglo tiene su genio y su modo de ser propios. El siglo xix concibió la Democracia, y su modo de ser es éste...

Y hundiéndose de pronto en una poltrona, levantó en alto las delgadas zancas.

—Confiesa que esta postura es imposible en un escabel del Prior del Crato. Muchacho, bebamos *Champagne*.

Y como Carlos mirara con recelo la botella, Ega exclamó:

—Es excelente, puedes creerlo. Viene directamente de la mejor casa de Epernay. Me lo proporciona Jacob.

—¿Qué Jacob?

—Jacob Cohen, Jacob.

Iba á cortar los alambres, cuando se le ocurrió una pregunta:

—¡Ah! ¿Qué me dices de los Gouvarinhos? ¿Te divertiste? Yo no pude ir.

Carlos contóle la *soirée*. Había diez personas entre los dos salones. El conde le fastidió hablándole de política, detallando un proyecto sobre reforma de la instrucción pública. La condesa, que estaba muy resfriada, le horrorizó, diciendo de Inglaterra, á pesar de ser inglesa, lo que pudiera decir un tendero de la calle de Cedofeita. Imaginaba que Inglaterra es un país sin poetas, sin artistas, sin ideales, ocupado sólo en amontonar dinero... En fin, se aburría.

—¡Diantrel!—murmuró Ega desconsolado.

Saltó el tapón; llenó las copas en silencio y en un brindis mudo ambos amigos apuraron el *Champagne* que Jacob proporcionara á Ega para que Ega se regalara con Raquel.

Después, de pié, mirando la alfombra, agitando lentamente la copa otra vez llena, donde moría la espuma, Ega murmuró:

—¡Qué lástima!

Y después de un momento:

—La verdad; se me antojaba que te apetecía la Gouvarinho.

Carlos confesó que los primeros días, cuando Ega le hablara de ella, había tenido un capricho por aquellos cabellos de color de fuego...

—Pero ahora, al conocerla, se evaporó el capricho...

Ega se sentó con la copa en la mano, y, después de mirarse las medias de seda de color de escarlata, como las de un prelado, dejó caer, muy serio, estas palabras:

—Es una mujer deliciosa, Carlitos.

Y como Carlos se encogiera de hombros, Ega insistió: la Gouvarinho era señora de talento y de

gusto, tenia originalidades, audacia, una puntita de romanticismo muy picante...

—Y como cuerpo de mujer, no le hay mejor de Badajoz acá.

—¡Cállate, Mefistófeles de Celoricol  
Y Ega, muy alegre, cantó:

Je suis Mephisto...  
Je suis Mephisto...

Carlos, fumando con lentitud, continuaba hablando de la Gouvarinho y explicaba á Ega que muchas otras veces le había ocurrido igual desencanto. Imaginaba á lo mejor que durante algún tiempo por lo menos experimentaría una pasión verdadera, y todo acababa antes de haber empezado. ¡Parecía una llamarada de pólvora sobre una piedra: cuando estalla el explosivo parece que ha de desmenuzarse y destruirlo todo, y luego se advierte que sólo ha ennegrecido un poco la piedra. Su corazón sería blando, de esos que no pueden conservar ningún sentimiento fuerte, que dejan escurrir, á través de sus mallas relajadas, pasiones y deseos.

—¡Soy un agotado!—dijo sonriendo.—Soy un impotente de sentimiento, como Satanás... Según los padres de la Iglesia, el gran tormento de Satanás es no poder amar...

—¡Qué frases, chico!—exclamó Ega.

¿Cómo frases? ¡Era una atroz realidad! Pasábase la vida viendo como las pasiones se apagaban como fósforos en sus manos. Bien recordaba lo que le ocurrió con la coronela de húsares en Viena. Cuando faltó á la primera cita, lloraba lágrimas como puños, hundiendo la cabeza en la almohada. Al cabo de dos semanas, mandaba á Bautista que acechara

desde la ventana cuando llegase la coronela, para escapar sin verla. Con la holandesa, con la señora Rughel, peor aun. Los primeros días fué una locura: quería establecerse en Holanda, casarse con ella (en cuanto divorciase) y otras tonterías: después los brazos que le anudaba al cuello, ¡y qué lindos brazos! le parecían pesados como el plomo...

—¡Anda, pedante! ¡Y aun le escribes!—gritó Ega.

—Esto es otro cantar. Quedamos amigos; simples relaciones de inteligencia. Mme. Rughel es muy lista. Escribió una novela, uno de esos estudios íntimos y delicados como los de miss Broughthon; titúlase *Rosas Mustias*. No la lei; está en holandés...

—¡Las *Rosas Mustias*! ¡En holandés!—exclamó Ega apretándose la cabeza entre las manos.

Después, plantándose enfrente de Carlos, con el monóculo puesto:

—¡Eres extraordinario, chico!... Pero tu caso es sencillo, es el caso de don Juan. Don Juan también tenía estas alternativas de entusiasmo y cansancio. Andaba en busca de su ideal, de *su mujer*, procurando encontrarla entre las mujeres del prójimo. Y *après avoir couché*, declaraba que se había engañado, que no era aquella. Se disculpaba y se iba. En España probó así mil y tres. Tú eres como él un libertino y acabarás, desgraciadamente, como él, en una tragedia infernal.

Vació otra copa, y dijo, mientras paseaba á grandes zancadas por la sala:

—Mira, Carlitos: tengo para mí que es inútil que nadie se tome la molestia de ir en busca de *su mujer*. Ya vendrá. Todos tenemos *nuestra mujer* y es forzoso que la hallemos. Tú estás aquí en la Cruz de los Cuatro Caminos; ella está tal vez en Pekin: pero tú pisando mi alfombra y ella orando en un templo de Confucio, os vais acercando irremisible-

mente, de un modo fatal... Me parece que hoy me siento elocuente. Pero es hora de marcharnos. Mientras adorno mi esqueleto, prepara nuevas frases respecto de Satanás.

Carlos se quedó en la sala verde, fumando, mientras Ega se peleaba con los cajones y prendas de vestir, cantando á voz en cuello con desafinación notable la *Barcarolla* de Gounod. Al salir vestía de frac y corbata blanca y se abrochaba el gabán, con los ojos encandilados por el *Champagne*.

Bajaron. El paje esperaba á la puerta del cupé de Carlos, y su chaquetilla azul con botones dorados, el tronco de alazanes reluciendo como raso vivo, la majestad del cochero rizado, con la flor en la librea, presentaban un conjunto que entusiasmó á Ega.

—La vida es agradable—dijo.

Arrancó el carruaje, y cuando en un paseo cruzó con un coche de plaza descubierto, que corría al trote largo:

—¡Es Craft!—gritó Ega, sacando medio cuerpo por la puertezuela.

Se detuvo el cupé y Ega saltó y echó á correr, gritando:

—¡Craft! ¡Craft!

Cuando, al cabo de un momento, oyó que se aproximaban las dos voces, Carlos bajó á su vez y se halló frente á un hombre de baja estatura, de tez sonrosada y fresca, de pelo rizado y de aspecto frío. Bajo el frac correcto se advertía una musculatura de atleta.

—¡Carlos, Craft!—gritó Ega, lanzando esta presentación con clásica sencillez.

Los dos hombres, sonriendo, habíanse estrechado la mano. Ega insistía para que volvieran á Villa Balzac á beber otra botella de *Champagne* para ce-

lebrar el *advenimiento del Justo*. Craft se excusó, calmoso y plácido: llegó el día anterior de Oporto, había ya abrazado á Ega y ahora aprovechaba su ida á tan apartado barrio para visitar á Shlegen, un alemán que vivía en Peña de Francia.

—¡Bueno, pues hagamos otra cosal—exclamó Ega.—Para que ustedes se conozcan mejor y charlemos un rato, vengan mañana á comer conmigo al Hotel Central. No admito excusas. A las seis.

Apenas se puso en marcha el cupé, Ega cantó de nuevo las alabanzas de Craft. Lo que le encantaba del inglés era su aire imperturbable de gentleman correcto, que lo mismo mostraría jugando una partida de billar, que entrando en una batalla, declarándose á una mujer ó marchándose á Patagonia...

—Es de lo mejor que hay en Lisboa. Le querrás mucho... ¡Y qué casa tiene en los Olivares, qué sublime bric-á-brac!

De pronto calló, como inquieto, frunciendo el ceño.

—¿Cómo demonios sabía la existencia de Villa Balzac?

—¿Acaso la habitas en secreto?

—No, pero tampoco pongo anuncios. Y él acaba de llegar y no ha visto á ningún amigo mío... ¡Es raro!

—En Lisboa se sabe todo...

—¡Demonio de tierra!

Se aplazó la comida en el Central porque Ega, ampliando su propósito, la convirtió en una fiesta en honor de Cohen.

—Como á menudo en su casa—decía á Carlos.—Es necesario devolver fineza por fineza... Una comi-

da en el Central basta... Para redondear el número de invitados, avisamos al marqués y al botarate de Steinbroken. Cohen gusta de gente así...

Pero hubo que variar el plan. El marqués partió para Gollegán y el pobre Steinbroken padecía una indigestión. Ega pensó en Cruces y Taveira; pero recordó las melenas incultas de Cruces y sus ataques de *spleen*. Acabó por invitar á dos amigos de Cohen y hubo que eliminar á Taveira, que no corría bien con uno de aquéllos, por unas palabras que cruzaron en casa de "Lola la Gorda."

Escogidos los comensales, fijada la comida para un martes, Ega tuvo una conferencia con el *maitre d'hôtel* del Central y le recomendó que presentara un par de piñas de América para adornar la mesa, muchas flores; y exigió que uno de los platos del *menú* fuera *á la Cohen*, indicando: *tomates farcies á la Cohen*.

Aquella tarde, al bajar Carlos por la calle Alecrim para ir al Central, vió á Craft en la tienda de bric-á-brac de maese Abrahám.

Entró. El viejo judío, que mostraba á Craft una falsa fayenza de Rota, se quitó el casquete de borla de la cabeza y se inclinó ante Carlos, con las manos puestas sobre el pecho.

Después, en un lenguaje exótico, entreverado de inglés, pidió al señor don Carlos de Maia, á su diggo dueño, á su *beautiful gentleman* que se dignase examinar una maravillita que le tenía reservada, y su muy *generous gentleman* no tenía más que volver la cabeza, pues la maravilla estaba allí al lado. Era un retrato de española, pintado sobre un fondo atrevido de color de rosa mustia; una cara marchita de prostituta, picada de viruelas, revelando vicio, con una sonrisa bestial que prometía todo.

Carlos ofreció tranquilamente diez tostones. Craft se pasmó de tal prodigalidad, y el buen Abrahám, con sonrisa de conejo, celebró la "broma de sus ricos clientes". ¡Diez tostoncitos! Si el cuadrilo llevara la firma de Fortuny, costaría diez contos de reis; pero aun así, valía veinte mil reis por lo menos...

—¡Veinte mil cuerdas para ahorcarte!—exclamó Carlos.

Y salieron, dejando al viejo doblado en dos, deseando mil felicidades á sus generosos hidalgos...

—¡No tiene nada bueno este judío!—dijo Carlos.

—Tiene la hija,—replicó Craft.

Carlos la hallaba bonita, pero horriblemente sucia. Después habló á Craft de sus hermosas colecciones de Olivares que Ega, á pesar del desdén que afectaba por el *bibelot* y por los muebles de arte, declaraba sublimes.

Craft se encogió de hombros.

—Ega no entiende pizca. Ni aun en Lisboa se puede llamar una colección á lo que yo tengo. Son cuatro cachivaches de ocasión... de los que pienso deshacerme.

Este sorprendió á Carlos que creía que se trataba de colecciones hechas á fuerza de años y de dinero.

Craft sonrió de tal leyenda. La verdad era que en 1872 empezó á gustarle el bric-á-brac. Llegaba entonces de América del Sur, y cuanto compró aquí y allá lo fué almacenando en los Olivares, una quinta que comprara porque se le antojó bonita. Pero ahora si pudiese vender lo que tenía pensaba dedicarse á formar una colección homogénea y compacta de arte del siglo XVIII.

—¿Aquí en Olivares?

—No. En una quinta que tengo en Oporto, junto al río.

Entraban entonces en el peristilo del Hotel Cen-

tral, y en aquel mismo momento un cupé de la Compañía, llegando al trote largo de la calle del Arrenal, se detuvo ante la puerta.

Un negrazo, ya gris, de casaca y calzón corto, corrió á la portezuela; desde dentro un mozo muy flaco, de barba muy negra, púsole en brazos una perrita escocesa de pelo largo y fino como la seda, color de plata; después, apeándose, indolente y *poseur*, ofreció la mano á una señora alta, rubia, con un velillo muy apretado y muy oscuro que realizaba el esplendor de la tez ebúrnea. Craft y Carlos apartáronse y pasó por delante de ellos con pasos soberanos de diosa, maravillosamente bien formada, dejando tras de sí como una claridad, un reflejo de cabellos de oro, y un perfume en el aire. Llevaba un abrigo ceñido de terciopelo blanco de Génova y durante un momento brilló sobre las baldosas del zaguán el lustre de sus botas. Su acompañante, con un traje á cuadrillos, abría perezosamente un telegrama; y el negro les seguía con la perrita en brazos. Se oyó la voz de Craft que murmuraba:

—*Trés chic.*

Arriba, en el gabinete que les indicó el camarero, esperaba Ega sentado en un diván junto á un joven bajo regordete, rizado como un novio de provincias. Craft ya le conocía; Ega le presentó á Carlos. Era don Dámaso Salcede. Luego mandó servir vermouth, pues dijo que era demasiado tarde para tomar el satánico y literario ajeno...

Era un día de invierno templado y claro y las dos ventanas estaban abiertas. Sobre el río, en el ancho cielo moría la tarde, sin una nube, en una paz elísea, con reflejos rosados hacia Poniente; las tierras de la otra orilla desaparecían detrás de una cortina de niebla color violeta y el agua rebrillaba como una lámina de acero pulido; y aquí y allá, en el vas-

to muelle se veía grandes vapores de carga, otros más esbeltos y dos acorazados ingleses, que permanecían inmóviles, como vencidos por la pereza, cediendo al halago del clima...

—Acabamos de ver—dijo Craft—una espléndida señora, con una espléndida perrita *griffón*, servida por un espléndido negro.

El señor Salcede, que no cesaba de mirar á Carlos, dijo:

—¡Ya sé!... Los Castro Gomes... Les conozco mucho... Vine con ellos de Burdeos... Son gente muy chic que viven en París.

Carlos se volvió; se fijó más en él y le preguntó, afable é interesándose:

—¿El señor Salcede acaba de llegar á Lisboa?

Estas palabras parecieron deleitar á Salcede como un favor celeste; se levantó, fué junto á Carlos y dijo:

—Sí, llegué hace quince días de allí en el *Orenoque*... A ellos les conocí en la fonda... Son gente muy chic... tienen ayuda de cámara, institutriz inglesa para la niña, camarera, más de veinte maletas... Son brasileños... Pero ella no tiene acento alguno... El sí, tremendo... Pero es elegante ¿no le parece á S. E.?

—¿Vermouth?—preguntó un camarero.

—Sí, una chispa para abrir el apetito. ¿S. E. no toma, señor Maia? ¡Pues sí! Apenas puedo me largo á París. Aquello sí que es país. Esto es un chiquero. Aquel *bulevar*... Allí se disfruta... Conozco aquello palmo á palmo. Tengo un tío en París.

—¡Y qué tío!—exclamó Ega aproximándose.—Intimo de Gambetta, gobierna Francia... El tío de Dámaso gobierna Francia, chico!

Dámaso, colorado, reventaba de gozo.

—Sí, tiene alguna influencia... Es íntimo de Gam-

beta, viven casi como dos hermanos... Y no sólo con Gambetta, sino con Mac Mahón, con Rochefort, con otro cuyo nombre no recuerdo, con todos los republicanos... Todo lo que se le antoja... ¿No le conoce S. E.? Ya tiene edad; es hermano de mi madre; se llama Guimaraes; pero en París le llaman monsieur Guimarán...

En aquel instante se abrió la vidriera y Ega exclamó: "¡Salud al poeta!",

Apareció un hombre muy alto, de levita negra, rostro marchito, ojos hundidos y bajo la nariz aguilena largos, espesos y románticos bigotes grises. Tenía ya desguarnecidas las sienes y en toda su persona había algo de anticuado, artificial y lúgubre.

Tendió silenciosamente dos dedos á Dámaso y abrazando á Craft, dijo en voz cavernosa y acento teatral:

—¡Eres tú, Craft mío? ¿Cuándo has llegado? ¡Dame tus huesos honrados, honrado inglés!

No miró siquiera á Carlos. Ega, adelantándose, les presentó:

—No sé si se conocen. Carlos de Maia... Tomás de Alencar, nuestro poeta...

¡Era él! El ilustre cantor de *Voces de Aurora*, el estilista de *Elvira*, el dramaturgo del *Secreto del Comendador*. Dió dos pasos hácia Carlos, le estrechó largo rato la mano en silencio, y sensibilizado, pero cavernoso:

—No sabe S. E., ya que las etiquetas sociales quieren que le llame excelencia, no sabe á quien estrecha ahora la mano...

Carlos, sorprendido, murmuró:

—Le conozco mucho de nombre...

Y el otro, con los ojos hundidos y el labio trémulo:



—Al camarada, al inseparable, al íntimo de Pedro de Maia, de mi pobre, de mi valiente Pedrol

—Entonces ¡qué diablo! abrácese, — exclamó Ega!

Alencar ya tenía á Carlos apretado contra su pecho, y le tomó de nuevo las manos, sacudiéndoselas con ruidosa ternura:

—Dejémonos de excelencias. Yo te ví nacer, muchacho. Te llevé en brazos, me ensuciaste muchos pantalones. ¡Ea, dame otro abrazo!

Craft miraba impasible estas expansiones vehementes; Salcede parecía conmovido; Ega presentó una copa de vermouth al poeta...

—¡Qué gran escena, Alencar! ¡Jesús, Señor! Bebe, para calmar tu emoción...

Alencar lo sorbió de un trago, y declaró á los amigos que no era la primera vez que veía á Carlos. Ya le vió pasear en el factón tirado por el hermoso tronco inglés. Pero no quiso darse á conocer. No se echaba jamás en brazos de nadie como no fuera de las mujeres... Se bebió otro vermouth y plantado ante Carlos, dijo en tono patético:

—La primera vez que te ví, hijo, fué en "Pote das almas". Recuerdo que estaba hojeando un tomo de Eglogas de nuestro delicioso Rodrigues Lobo, ese verdadero poeta de la naturaleza, ese ruiseñor tan portugués que está ahora arrinconado desde que apareció el Satanismo, el Naturalismo, el Vandalismo y otros acabados en *ismo*... En aquel momento pasaste, me dijeron quien eras y me cayó el libro de la mano... Allí permanecí una hora soñando, recordando...

Bebió nuevos tragos de vermouth. Ega, impaciente, miraba el reloj. Un criado encendió las luces y la mesa surgió de la penumbra con un brillo de cristales y loza y gran abundancia de camelias.

Alencar explicaba como fué el que primero vió á Carlos apenas nacido y quien le dió nombre.

—Tu padre queria ponerte el nombre de Alfonso, de ese santo, de ese varón de otras edades, Alfonso de Maia. Pero tu madre se empeñó en que te llamaras Carlos. Y fué á causa de una novela que yo le prestara, una novela sobre Carlos Eduardo, el príncipe escocés que ustedes conocen... ¡En fin, adelantel! Tu madre me consultó; me consultaba siempre, y á pesar del tiempo transcurrido (hace ya veintisiete años) recuerdo que le dije textualmente: "Póngale el nombre de Carlos Eduardo, querida señora, Carlos Eduardo, que es un nombre pintiparado para el frontispicio de un poema, para una empresa heroica ó para pronunciar el labio de una mujer."

Dámaso, que continuaba admirando á Carlos, lanzó *bravos* estruendosos, Craft aplaudió ligeramente con los dedos y Ega, que paseaba junto á la puerta reloj en mano, soltó un *muy bien* desabrido.

Alencar, satisfecho de su efecto, sonreía en torno enseñando sus dientes amarillos. Abrazó otra vez á Carlos y exclamó dándose una palmada en el pecho:

—¡Caramba, hijos; siento un calor aquí dentrol

Se abrió la puerta y entró Cohen á toda prisa. Se disculpó de su tardanza en tanto que Ega, que se precipitara hacia él, le ayudaba á quitarse el abrigo. Después le presentó á Carlos. Y dijo el buen John, tocando un timbre eléctrico:

—El marqués no ha podido venir y Steinbroken está con la gota, con la gota de diplomático, de lord y de banquero... ¡La que tendrás tú, viejo miol!

Cohen, un hombrecillo regordete, de aspecto insignificante, que sonreía de continuo, dijo, mientras se quitaba los guantes, que, según los ingleses, ha-

bía también la gota de la gente pobre, que era la que le estaba reservada. .

Ega le llevó del brazo á la mesa, le sentó con gran cuidado á su derecha y le puso una camelia en el ojal. Alencar se floreció también y los criados sirvieron las ostras.

Hablóse del crimen de Mouraira, un drama que causaba emoción en Lisboa; una muchacha con el vientre rajado por una compañera, saliendo á la calle en camisa para morir en el arroyo, dos hembras acuchillándose, toda una callejuela ensangrentada, una atrocidad, como decía Cohen, sonriendo y probando el Boucellas.

Dámaso tuvo la satisfacción de poder dar detalles: conoció á la muchachá, á la homicida, cuando era amante del vizconde de Ermidinha... ¿Que si era bonita? Mucho. Unas manos de duquesa... Pero ya cuando era querida del vizconde empinaba el codo... El vizconde no le había abandonado y aun le prometió ponerle una confitería si se dejaba de cantar flamenco. Pero ella no quiso. Gustaba de aquello, del Barrio Alto; de los cafés de *lepes*, de los chulos...

Aquel mundo de flamencas parecía á Carlos que merecía un estudio, una novela... Esto hizo que hablaran del *Assommoir*, de Zola, del realismo... y Alencar, inmediatamente, limpiando el bigote de las partículas de sopa, suplicó que á la hora de comer no se discutiese de literatura *letrinaria*. Allí sólo había hombres aseados, finos ¿eh? ¡Pues que no se mencionase el *excremento*!

¡Pobre Alencar! El naturalismo, aquellos libros poderosos y vivaces tirándose por cientos de miles; aquellos rudos análisis apoderándose de la Iglesia, de la Realeza, de la Burocracia y de la Banca, de todas las cosas santas, disecándolas brutalmente y

mostrándolas al desnudo como cadáveres en el anfiteatro; esos estilos nuevos tan precisos y dúctiles reproduciendo la línea, el color, la palpación misma de la vida, todo aquello (que en su confusión mental llamaba *Idea Nueva*) cayendo así de pronto y derrumbando la catedral romántica en cuyo altar celebrara misa durante tantos años, tenía desorientado al pobre Alencar y le asustaba. Al principio reaccionó. "Para poner un dique á la sucia marea," que decía, escribió dos folletos crueles; no los leyó nadie; la "marea," subió, creció. Entonces Alencar se refugió en la *moralidad* como en una roca sólida. El naturalismo, con sus obscenidades, amenazaba corromper el pudor social? Pues bien, él, Alencar, sería el paladín de la moral, el gendarme de las buenas costumbres. Y el poeta de *Voces de Aurora*, que durante veinte años en canciones y odas propusiera comercios lúbricos á todas las damas de la capital, el novelista de *Elvira* que en novelas y dramas hiciera la propaganda del amor ilícito, representando los deberes conyugales como montañas de tedio, dando á todos los maridos formas rechonchas y bestiales y á todos los amantes la belleza, el esplendor y el genio de los Apolos antiguos; Tomás Alencar llevaba una existencia de adulterios, lubricidades, orgías, entre terciopelos y vinos de Chypre, fué desde entonces austero, incorruptible, una torre de pudicicia y vigiló atentamente el diario, el libro, el teatro. Y apenas notaba síntomas nacientes de realismo en un beso que sonaba demasiado alto, en unas sayas harto arremangadas, lanzaba clamores que recordaban los de Isaías. Un día tuvo Alencar una de esas revelaciones que aterrorizan á los más fuertes; ¡cuanto más acusaba y denunciaba un libro por inmoral, más se vendía por agradable! El Universo